

## LIBRO PRIMERO

### LOS BANQUETES REFORMISTAS

(EXTRACTO DE LA OBRA DE M. DE LA GORCE)

- SUMARIO: I.—La monarquía de julio, en 1847, parece tener asegurado un largo porvenir: impotencia de los partidos republicano, legitimista y bonapartista; en el Parlamento, mayoría ministerial compacta y fiel.—Prudencia del rey, popularidad de los príncipes, prosperidad general.
- II.—El gobierno, tan fuerte en apariencia, encierra, sin embargo, en su seno diversos gérmenes de disolución.—No descansa sobre un principio definido.—Los fundadores de la monarquía de 1830 se han empeñado en minorarla en vez de proveerla de las atribuciones necesarias.—Síntomas de anarquía intelectual y moral; cursos públicos tumultuosos; novelas folletinescas; publicaciones históricas peligrosas; afición á las especulaciones; actos de corrupción; grandes procesos y grandes crímenes.—La nación, cansada de su propio bienestar, está ávida de novedades.
- III.—La cuestión de la reforma electoral y parlamentaria proporciona á los descontentos el pretexto buscado.—Los diputados de la izquierda dinástica y los de la extrema izquierda se unen para propagar en el país la agitación reformista: reuniones en casa de M. Barrot: se acuerda organizar banquetes en París y en provincias.—Alianza aparente entre los diputados radicales y los dinásticos, pero divergencia real de sus designios.—Banquete del Château-Rouge (9 de julio de 1847); banquetes en los departamentos; la opinión pública, al principio indiferente, se agita poco á poco; intervención de M. Ledru-Rollin; primeras inquietudes de los diputados dinásticos; no pueden ni quieren retroceder.—Legislatura de 1848.—A pesar de la prosperidad general, el año empieza tristemente: vagas inquietudes en la corte; muerte de Madama Adelaida; señales de desafecto.—Discusiones parlamentarias; la mayoría desecha varias enmiendas al párrafo del Mensaje relativo á los banquetes reformistas.—Los diputados de la oposición acuerdan protestar con un nuevo banquete contra el voto de la Cámara; negociaciones entre el ministerio y la oposición; compromiso propuesto y aceptado.—Programa de la manifestación redactado por M. Armando Marrast; el gobierno prohíbe el banquete y dicta medidas de defensa. Los jefes de la oposición dan contraorden sobre el banquete. El orden público parece asegurado para el día siguiente.

#### I

A mediados de 1847, ningún trono parecía más sólido que el de Luis Felipe. Elevado por una revolución, este príncipe parecía haber triunfado del vicio de su origen. Desde 1839 no se había alterado el orden en la plaza pública. Las sociedades secretas, tan poderosas al principio del reinado, hacía largo tiempo que se habían disuelto ó habían caído en manos de la policía. Las reivindicaciones radicales no encontraban eco en el país, y el periódico *La Réforme*, que les servía de órgano, languidecía por falta de lectores. Los jefes republicanos más audaces aplazaban para después de la muerte del rey la realización de sus esperanzas; los demás se reservaban, en la expectativa de los trastornos é incertidumbres de una regencia que podía satisfacer su ambición. A medida que disminuía el número de los soldados, se acentuaba la división entre los jefes, de modo que la República nunca pareció más remota que en vísperas de su advenimiento. El partido legitimista tampoco era de temer. Salvo en las poblaciones rurales del Oeste y algunas provincias del Mediodía, este partido tropezaba con las preocupaciones más arraigadas. En cuanto al partido bonapartista, las trazas visibles de su acción eran tan raras, que se podía creer que ya no existía. La monarquía de julio se jactaba de haber absorbido á los antiguos servidores del régimen imperial, quienes proclamaban que el Imperio había de subsistir como una gloriosa leyenda, sin revivir jamás como símbolo político.

La Cámara de los diputados, en su composición, reflejaba fielmente este estado de los espíritus. La extrema izquierda, poco numerosa, se hallaba dividida en dos grupos: unos querían la República, pero con timidez, más dispuestos á saludarla como una esperanza del porvenir que á desealarla en el acto; otros sentían impaciencia por ver realizados sus deseos y se inclinaban á apelar á los recuerdos revolucionarios. Entre los primeros figuraban los señores Dupont de l'Eure, Arago, Marie y Garnier-Pagès, que tenían por órgano el *Nacional*; Ledru-Rollin personificaba á los segundos. El partido legitimista también tenía en la Cámara pocos representantes, y debía todo su prestigio al incomparable orador M. Berryer. Los diversos matices de la opinión liberal estaban representados por la izquierda dinástica, que tenía por jefe á M. Odilón Barrot; por el centro izquierdo, cuya personalidad más notable era M. Thiers, y por el tercer partido en que brillaban los señores Dufaure, Billault y Tocqueville. En medio de estos grupos se destacaba la masa compacta de los diputados ministeriales, masa mucho más numerosa que la coalición de todos los demás partidos, y que hacía siete años que permanecía fiel á su ilustre jefe M. Guizot.

De modo que las oposiciones aparecían impotentes y la paz interior asegurada.

En el exterior del reino, el espectáculo no era menos tranquilizador. Ministro de Negocios extranjeros desde octubre de 1840, M. Guizot había sabido mantener constantemente la paz, sin consentir, sin embargo, ningún sacrificio incompatible con la dignidad del país.

En varias cuestiones, como las de Marruecos y de Tahití, mostró su firme voluntad de conservar la alianza inglesa, pero procuró no avasallarse á la misma. La conclusión de los *matrimonios españoles*, sin tener la importancia política que aparentaban darle los cortesanos, era para nuestra diplomacia un verdadero éxito. Si este acontecimiento disgustó á Inglaterra, y Guizot halló con tal motivo alguna dificultad en sus relaciones con el gabinete británico, el ministro francés vió compensados con creces estos disgustos con la buena voluntad, cada día más manifiesta, de las potencias del Norte. Doquiera se volviesen los ojos, una larga paz parecía asegurada.

Si se añade, para completar este cuadro, que Luis Felipe, después de diez y siete años de reinado, gozaba del prestigio que da siempre la larga posesión de una corona; que el país tenía una justa confianza en su prudencia y en su amor al bien público; que en torno del soberano se agrupaba una familia numerosa y unida; que la burguesía saludaba en la monarquía de Julio su propia encarnación; que la suerte de los más grandes negocios, en el orden industrial y financiero, dependía de la estabilidad del poder; que desde 1830 la prosperidad material no había cesado de acrecentarse; que el ejército, en fin, era disciplinado, valiente y fiel, se comprenderá que los menos optimistas tuviesen plena confianza en el porvenir.

#### II

En tres días derrumbóse tan sólido edificio. Desde luego confunde el ánimo una caída tan inesperada, tan rápida y tan completa. ¿Cómo se paralizaron de golpe todas las fuerzas del poderoso imperio? Se juzgaría mal esta catástrofe si no se fuese al fondo de las cosas y si no se estudiasen los gérmenes de debilidad y corrupción que aquel gran cuerpo, en apariencia tan robusto, llevaba en sí.

Todo gobierno ha de encontrar su fuerza en las fidelidades personales que se transmiten de generación en generación, ó en el respeto de una constitución inviolada. La monarquía de Julio carecía de ambas clases de prestigios. Luis Felipe debía el título de su poder á las circunstancias que le habían encumbrado. Su elevación al trono pareció á la mayoría el mejor de los expedientes; pero el rey no tenía más fuerza que la de los intereses que estaba encargado de guardar. Contaba con la adhesión general del país, pero esta adhesión no llegaba hasta el sacrificio; si tenía pocas probabilidades de ser atacado, las tenía aún menos de ser defendido. Luis Felipe, con su prudencia y buen sentido, abrigaba el sentimiento profundo de esta situación. Sabía que en el día del peligro no podría llamar en su auxilio á fidelidades antiguas, ni abrigarse en la majestad de una ley incontestada: de ahí la primera causa de su debilidad y la primera explicación de la rapidez de su caída.

Esta autoridad, ya tan imperfecta por su origen, se vió debilitada de diversos modos. Después de 1830, la nueva monarquía, fundada por los liberales de entonces, sólo fué aceptada como una transacción entre el antiguo régimen, cuyas tendencias eran rechazadas, y la República, cuyos sangrientos recuerdos eran repudiados. Por esto, después de haber creado la monarquía,

hicieron todo lo posible para amenguarla. Ciertamente es que más tarde, cuando el poder hubo adquirido más fuerza y sacudido el yugo de las alianzas revolucionarias, algunos hombres ilustres, tales como los señores de Broglie, Molé y Guizot, convencidos de que si la realeza ha de ser fiscalizada siempre en sus actos, ha de ser también respetada siempre en su principio, y de que su utilidad depende de su prestigio, procuraron devolverle el brillo exterior y restablecieron algunas de las antiguas formas tradicionales. Durante su largo ministerio de ocho años, Guizot trabajó más que nadie para restaurar algún gran cuerpo constituido que á la vez pudiese moderar y apoyar á la monarquía. Siendo la nobleza hostil ó impotente, aquel ministro intentó *aristocratizar* á la clase media. ¡Vanos esfuerzos! La clase media carecía de las dos cualidades esenciales para desempeñar este papel; no tenía la claridad de miras que constituye la fuerza de la aristocracia británica, ni el espíritu de abnegación que quedará como el honor de la nobleza de Francia. Raramente permite Dios á los hombres reconstruir lo que han destruido. La realeza permaneció aislada, como un árbol más grande que vigoroso, alzándose en medio de la llanura desmantelada y expuesto á todas las tempestades.

Lo grave era también que esta sociedad, de tan robustas apariencias, encerraba numerosos gérmenes de anarquía intelectual y moral. Como la instrucción pública había sido para algunos el origen de altas fortunas políticas, muchos profesores, celosos de una fama ruidosa, convertían sus cursos en clubs y excitaban las pasiones populares. En el Colegio de Francia, particularmente, Michelet y Quinet habían puesto su indiscutible talento al servicio de las doctrinas más funestas. El teatro seguía siendo la apología más bien que la crítica de los vicios de la sociedad. El poeta favorito de la época era Alfredo de Musset, el cantor del escepticismo ligero y de los amores fáciles. Hacía algunos años que varios periodistas hábiles habían introducido el sistema de publicar novelas en folletín. Hoy no se concibe el éxito inaudito de aquella creación. Desgraciadamente, no tardó en observarse que cuanto más inmoral era la obra, más crecía el número de abonados. Por una extraña contradicción, periódicos como el *Journal des Débats* y *El Constitutionnel*, consagrados á las ideas de orden, publicaban producciones tan nefastas como *Los misterios de París* y *El Judío errante*, de Eugenio Sue. Por aquel tiempo, escritores ilustres procuraron sujetar la historia á sus teorías. Michelet publicó en 1847 el primer tomo de su historia de la Revolución francesa, en que se reflejan sus odios y pasiones. Luis Blanc escribió, bajo la inspiración de los mismos prejuicios, otra narración de aquel memorable y sangriento período. En fin, casi en la misma época, Lamartine dió á luz su *Historia de los girondinos*, obra llamada á una boga inmensa, pero más funesta que las demás. De modo que sucesivamente se ofrecieron al público tres apologías de la Revolución francesa, escritas con muy diversas intenciones, pero destinadas á producir el mismo efecto. Parecía que evocando el recuerdo de aquellos tiempos llenos de glorias y de crímenes, se quería provocar á nuevas agitaciones un pueblo cuya tranquilidad duraba demasiado.

Y no era sólo en la instrucción pública, en el teatro



y en los libros en donde se revelaba aquel desorden de las inteligencias y de las almas. Se le encontraba hasta en el seno de la sociedad. La construcción de vías férreas, el desarrollo de ciertas industrias especiales, el acrecentamiento de la fortuna pública habían determinado la creación de gran número de sociedades civiles ó comerciales cuyas acciones eran objeto de especulaciones inauditas hasta entonces. La opinión empezaba á familiarizarse con la idea de la riqueza adquirida por medio de una jugada de Bolsa, y esta tendencia, entonces nueva, era funesta para el viejo espíritu de orden y de escrupuloso honor. Grandes procesos permitían á los observadores menos atentos medir el rebajamiento de la probidad pública y privada. Descubriéronse fraudes bastante considerables en las administraciones de guerra y marina. En julio de 1847, M. Teste, ex ministro de Obras públicas y miembro del Tribunal de casación, compareció ante el Tribunal de los Pares y fué condenado por concusión; y un teniente general, ex ministro de la Guerra, fué condenado como cómplice suyo. Era cosa probada que ciertos cargos habían sido objeto de un verdadero tráfico. Grandes crímenes, grandes por sí mismos y más grandes todavía por el rango de los culpables, muertes misteriosas, suicidios ilustres, impresionaron sucesivamente la opinión pública inspirando una vaga inquietud á aquellos á quienes más hubiera tranquilizado el espectáculo de la prosperidad general.

Hay además un mal común á todas las naciones cuya existencia ha sido turbada por grandes vicisitudes; este mal es la impaciencia del reposo. Las revoluciones dejan en los cuerpos, como una fatal herencia, cierto ardor febril, cierta necesidad de aventuras, cierto desdén para las reglas tradicionales, y aun cuando más han deseado la paz, no tardan en encontrarla sosa y monótona. La monarquía de julio, en 1847, tenía que contar con tan funesta tendencia; atravesaba un período crítico en que cualquier incidente podía adquirir inesperadas proporciones. Sin embargo, Luis Felipe ignoraba el peligro de la situación; los ministros tenían una mayoría importante en el Parlamento, y el rey creía que esto bastaba; á pesar de su perspicacia habitual, no veía aquellas señales de impaciencia, aquellos deseos de innovación, aquel fastidio de una existencia regular, síntomas graves en todo país y particularmente en Francia.

Tal era la monarquía de Julio. A pesar del aparato exterior de su fuerza, no se hallaba en condiciones de resistir un ataque serio. La cuestión de la *reforma electoral* y *parlamentaria* vino á ser el origen y el pretexto de la lucha.

### III

Sabido es que la ley de 19 de abril de 1831 fijaba en doscientos francos el minimum de contribución que daba derecho al sufragio; sabido es también que bajo el régimen de Julio el ejercicio de las funciones públicas asalariadas no era incompatible, en general, con el mandato legislativo. Semejante estado de cosas vino á ser un doble motivo de queja para la oposición que reclamó, bajo el nombre de *reforma electoral*, la rebaja del minimum de contribución para ser elector, y bajo el nombre de *reforma parlamentaria*, la exclusión de

los funcionarios asalariados y, sobre todo, de los oficiales de la Corona.

A decir verdad, esta cuestión no adquirió importancia y gravedad hasta 1847, cuando la oposición dinástica, dirigida por Odilón Barrot y contando con el concurso de la izquierda radical, del centro izquierdo y del tercer partido, tomó la iniciativa de las hostilidades. En el mes de marzo, M. Duvergier de Hauranne presentó un *proyecto de reforma electoral* que reducía el expresado cupo á cien francos, añadía al censo lo que en lenguaje de la época llamaban *capacidades* y elevaba el número de diputados de cuatrocientos cincuenta y nueve á quinientos treinta y ocho. Poco después, M. de Remusat presentó una proposición sobre las *incompatibilidades parlamentarias*.

Presentadas por estos dos diputados, ambas proposiciones tenían probabilidades de prosperar. Heredero de un nombre ilustre, Duvergier de Hauranne había dado tantas garantías á la causa del orden, que no podía inspirar el menor recelo ni aun á los más tímidos; y Remusat debía á la distinción de sus maneras, al encanto de su espíritu y á la sinceridad de su liberalismo numerosas simpatías; ex ministro del rey, conservaba la benevolencia del monarca y el favor de la corte.

En la discusión de las dos proposiciones tomaron parte los jefes más eminentes de la oposición parlamentaria, y en particular Odilón Barrot. Ciertas vivacidades de lenguaje revelaron la irritación de los ánimos.

Con la confianza que da una larga posesión del poder, con esa altiva ironía que los miembros del gabinete Guizot copiaban de su jefe, M. Duchatel, ministro del Interior, desechó toda innovación. Doscientos mil electores le parecían suficientes para representar y defender los intereses del país. «La nación, feliz y próspera, dijo en resumen el ministro, es indiferente á la reforma. La agitación que se trata de crear es ficticia y no tiene arraigo en las masas: *va de la Cámara al país, y no del país á la Cámara*. Vuestro proyecto no es más que la especulación de algunos ambiciosos que quieren carteras.»

El lenguaje del ministro era tan justo como acerbo. La reforma electoral ó parlamentaria no era en manos de Odilón Barrot y de sus amigos sino un arma para derribar al ministerio. Así lo entendió la mayoría de la Cámara, que desechó ambas reformas. Pero sucedió que este acuerdo, lejos de poner fin al debate, lo transportó á más vasto terreno.

Antes de que terminase la legislatura, los diputados reformistas se reunieron sucesivamente en casa de Barrot y en casa de Duvergier de Hauranne. En estas reuniones se confundían los representantes de todos los matices de la oposición: los señores de Beaumont, de Malleville, Carnot, Garnier-Pagès, Berger, Abbatucci, Havin y otros. De común acuerdo resolvieron someter á la revisión del país el voto del Parlamento. Para conseguirlo, los miembros de la izquierda dinástica formaron con los de la izquierda radical una estrecha alianza; adoptaron la misma consigna: la *reforma electoral* y *parlamentaria*; convinieron en acallar provisionalmente sus divergencias y proseguir juntos el mismo fin: vasta coalición destinada, según Barrot, á precipitar una crisis ministerial, y, según sus nuevos amigos, á alcanzar, si era posible, á la propia monarquía.

Para suscitar en favor de la reforma un vivo movimiento de opinión, determinaron celebrar, entre dos legislaturas, una serie de banquetes en París y provincias. Una vez combinado este plan de acción, emprendióse la campaña que se llamó de *los banquetes*.

Ninguno de los diputados dinásticos pareció temer que tales manifestaciones se desviasen de su objeto. Más perspicaces, los diputados radicales estaban asombrados y contentos de semejante imprevisión. Saliendo de uno de los conciliábulos que se celebraban en casa de Odilón Barrot, Garnier-Pagès decía á sus amigos: «No es obligación nuestra hacer ver claro á nuestros nuevos aliados, pero no saben adónde van; lo que acabamos de resolver es una revolución (1).»

París había de dar la señal á los departamentos. En junio, un antiguo comité electoral, transformado en comité de agitación reformista, empezó á ocuparse en la organización de un banquete en la capital. El 9 de julio, un banquete solemne reunió en el jardín público del *Chateau-Rouge* unas mil doscientas personas, bajo la presidencia de M. de Lasteyrie, padre, y la muchedumbre contemplaba con simpática curiosidad á aquel anciano, antiguo compañero de Lafayette y uno de los últimos supervivientes de la generación de 1789. A los postres empezaron los brindis. Como los coligados tenían miras diferentes, los oradores estaban condenados á no precisar nada, so pena de romper la coalición. Había que hablar de la reforma, pero sin determinar su carácter y extensión. Había que atacar, sin circunscribir los límites del ataque. Era necesario pronunciar frases de doble sentido que pudiesen ser aplaudidas á la vez por los partidarios de la Realeza y por los de la República. Los oradores más hábiles hubieran sucumbido en tan ingrata tarea. Por esto las arengas fueron vagas y no produjeron el efecto deseado. Sin embargo, Odilón Barrot desplegó aquella elocuencia amplia y grave que le era familiar, y Duvergier de Hauranne tuvo frases felices para pintar la sociedad política.

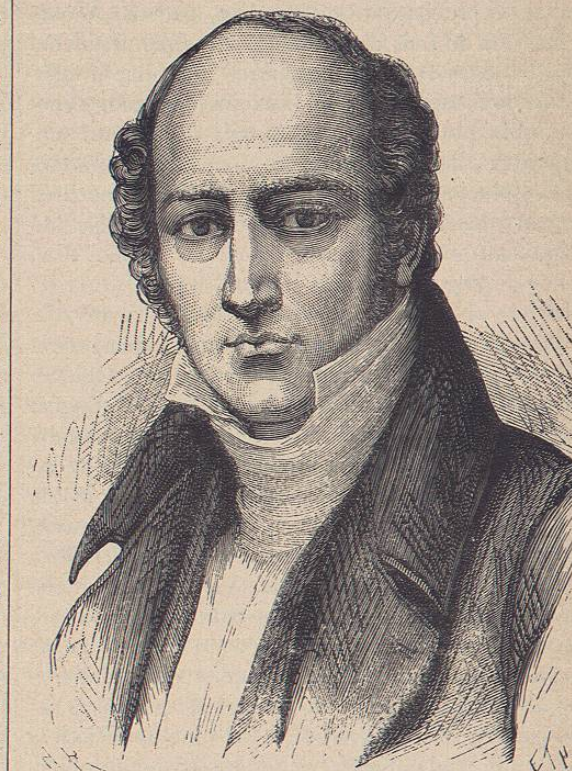
Una vez dado el impulso, Colmar, Reims, Estrasburgo, Soissons y San Quintín siguieron el ejemplo de París, y pronto otras poblaciones quisieron celebrar también su banquete. El movimiento, muy superficial al principio de la campaña, empezó á adquirir consistencia cuatro meses más tarde.

El partido de la revolución escogió este momento para entrar en escena. Ledru-Rollin y sus amigos, que al principio habían estado retraídos del movimiento, censurando la alianza del partido republicano con el grupo de la oposición dinástica, se asociaron á la campaña procurando convertirla en provecho propio. El 7 de noviembre, Ledru-Rollin fué al banquete de Lila. Un poco embarazados á causa de la presencia de tan peligroso auxiliar, los jefes del partido dinástico estipularon que se pronunciaría un brindis al *rey constitucional*, como prueba del carácter pacífico y legal de la reunión: habiendo sido desechada esta exigencia, los dinásticos se retiraron, y Ledru-Rollin, una vez solo, pudo ocupar el terreno imprudentemente preparado para él. Los radicales no vacilaron ya en servir de un medio de acción tan poderoso. A su vez y sin pérdida de tiempo, organizaron sus banquetes. En éstos ya no

(1) Garnier-Pagès, *Histoire de la révolution de 1848*, tomo I, pag. 100.

se trata de reformas, sino de revolución; ya no se trata de hacer volver la monarquía de Julio al espíritu de su origen, sino de derribarla. La opinión pública, impasible al principio, toma cada vez más en serio las acusaciones diariamente repetidas. A pesar de los primeros rigores del invierno, el movimiento no languidece. Al contrario, á medida que se acerca la convocatoria de las Cámaras, la actividad redobla, así en las grandes como en las pequeñas poblaciones.

¿Cuál era en presencia de aquellas manifestaciones la actitud del ministerio? La de la seguridad más perfecta.



Odilón Barrot

Más bien jefe parlamentario que hombre de Estado, Guizot carecía de esa perspicacia que ve de lejos el peligro y se apresura á conjurarlo antes de que aumente. Contando con la mayoría en las Cámaras, no creía que pudiese surgir ningún peligro fuera de ellas. Sus compañeros de gabinete compartían con él esta confianza. Cuando la oposición radical entró en escena, el gobierno se alegró, esperando que el espíritu de reforma moriría de sus propios excesos. El discurso del trono fué la expresión de esta soberbia seguridad. En él se trazaba la línea de demarcación entre los criminales y los engañados, entre los partidos enemigos que trabajaban para el derrocamiento del poder y los partidos inconsiderados que, inconscientemente, preparaban una catástrofe. *Hostiles ó ciegos*, tales eran, según el discurso de la corona, los diputados reformistas; y el porvenir ratificó este juicio. Pero esta cruel precisión de lenguaje tenía su peligro. Las heridas de amor propio son las más incurables. Señalados á la faz del país como instrumentos ciegos de sus comprometedores aliados, los individuos de la oposición dinástica sintieron vivamente la injuria. De día en día, entre el gobierno y la oposición se ensanchaba el abismo.



El año de 1847 acabó en medio de aquellas discusiones irritantes. Aunque la tranquilidad material era profunda, reinaba en los espíritus una vaga ansiedad. La inquietud alcanzaba á la familia real y á la corte toda. En contacto frecuente con la opinión, los príncipes empezaban á inclinarse á las concesiones; con esa presciencia materna que supera á todas las habilidades, la duquesa de Orleáns sentía el peligro. Los amigos más leales del trono, el general Gerard, el mariscal Sebastiani, M. de Montalivet, daban al monarca los avisos de su fidelidad perspicaz y apesadumbrada. Como si un gran duelo debiese prepararse á la familia real para soportar las pruebas que le esperaban, madama Adelaide, hermana de Luis Felipe, murió casi repentinamente en las Tullerías el 31 de diciembre. Esta muerte añadió á las preocupaciones públicas una impresión penosa: se sabía que esta princesa, dotada de un gran sentido político, había sido con frecuencia la inspiradora de las resoluciones de su hermano; y al ver al monarca acompañar hasta Dreux el féretro de la que había sido su consejera en los felices como en los aciagos días, muchos se preguntaban si la fortuna, amante de la juventud, no abandonaba al anciano rey. Fuera de palacio, algunos diputados, nuevos en la vida parlamentaria y por tanto ajenos al espíritu de partido, no vacilaban en manifestar sus aprensiones; entre ellos se distinguía un hombre, joven aún y casi desconocido, que ocultaba bajo las apariencias de una frivolidad mundana un espíritu muy penetrante y desenvuelto; éste era M. de Morny, quien no sólo comunicó sus temores á Guizot, sino que en un artículo publicado en la *Revue des Deux Mondes* y que llamó mucho la atención, se lamentaba de que el gobierno no se hubiese anticipado á sus adversarios, desarmándolos con la concesión de algunas reformas. En medio de aquellas inquietudes mal definidas y poco justificables, pero generales, las mejores noticias pasaban casi inadvertidas. En vano anuncióse la sumisión de Abd-el-Kader; este glorioso acontecimiento, tan propio para levantar la popularidad de la dinastía, no obtuvo más que una aprobación desdeñosa; y no faltó quien, por una supersticiosa correlación de ideas, recordase que á la toma de Argel siguió inmediatamente la caída de Carlos X. Los debates parlamentarios, abiertos desde enero, habían substituído las agitaciones de los banquetes con las agitaciones de la tribuna oficial. El público prestaba oído cada vez más atento y complaciente á los discursos de la oposición. No era ésta sola en vaticinar y denunciar las complicaciones del porvenir. Hombres eminentes, muy ajenos al espíritu de partido, daban en el Parlamento verdaderos gritos de alarma. El 14 de enero, en la Cámara de los Pares, á propósito de los asuntos helvéticos, Montalembert señaló con admirable elocuencia las próximas empresas del radicalismo europeo. Ocho días después, en la cámara de diputados, M. de Tocqueville pronunciaba estas graves palabras: «Por primera vez en diez y seis años, el sentimiento de la inestabilidad, ese sentimiento precursor de las revoluciones, existe en grado temible en el país... El desorden no está en los hechos, sino en los espíritus... Nos dormimos sobre un volcán... Sopla viento de revolución... y la tempestad está en el horizonte.» Aviso muy digno de ser meditado, porque el hombre que así hablaba era uno de los que

más habían profundizado las grandezas y debilidades de la sociedad moderna.

Mientras tanto, la Cámara de los diputados, discutiendo el mensaje á la Corona, había llegado al segundo párrafo del proyecto de la comisión relativo á las agitaciones reformistas. La redacción propuesta no era más que una paráfrasis del discurso real y reproducía el doble reproche de *ceguera* y *hostilidad* inferido á las dos fracciones de la oposición. La batalla se inició el 7 de febrero sobre la redacción de este párrafo, y en ella tomaron parte varios ministros y los principales oradores de la izquierda. Terminada la discusión general, procedióse, en medio de la mayor confusión, al examen de las enmiendas.

Estas obedecían todas á un mismo pensamiento. Testigos apesadumbrados de aquellas luchas, algunos diputados, ministeriales hasta entonces, habían buscado los términos de una transacción aceptable para todos los moderados. Esfuerzos inútiles: las enmiendas fueron sucesivamente combatidas por el gobierno y desechadas por la mayoría de la Cámara, dócil á la voluntad de Guizot. La oposición dinástica quedó consternada. No todos los individuos de la mayoría se alegraron; los más perspicaces presumían las dificultades que habían de seguir á la victoria parlamentaria del gabinete. Los verdaderos victoriosos eran los radicales, que tenían sobre todo una solución pacífica y vislumbraban, á través de las complicaciones futuras, probabilidades de éxito inesperadas.

Más de cien diputados de la oposición, reunidos en un restaurant del bulevar de la Magdalena, acordaron celebrar en París un nuevo banquete más solemne y más numeroso que los anteriores y que fuese á la vez una protesta contra la mayoría de la Cámara y una consagración del derecho de reunión. El ministro había declarado estar en el derecho de prohibir los banquetes reformistas, y que si no había hecho uso de esta facultad era por pura tolerancia. «Recojamos el reto, dijeron los diputados de la oposición, y veremos si el gobierno se atreve á llevar hasta las últimas consecuencias la teoría que ha proclamado.»

El día siguiente, á la hora en que el rey, acompañado del duque de Nemours y del duque de Montpensier, recibía en las Tullerías, con el ceremonial de costumbre, la comisión parlamentaria encargada de presentarle el Mensaje, las oposiciones se concertaban en casa de Odilón Barrot para llevar á efecto la manifestación proyectada. Por escasa que fuera su previsión, los diputados dinásticos comprendían el peligro de la obra á que se asociaban. Por esto procuraron evitar el conflicto. A los preparativos del banquete presidió un espíritu de prudente moderación. A fin de evitar que el pueblo acudiese al teatro de la manifestación y desnaturalizara su carácter, acordóse que el banquete se celebraría en día no festivo y en una casa particular de un barrio excéntrico de París, y que las listas de las invitaciones y de los brindis serían hechas de antemano. Después de muchas vacilaciones, la manifestación se fijó para el 22 de febrero.

Mientras tanto, no faltaron intermediarios oficiosos entre la oposición y el ministerio. Muchos personajes multiplicaban sus idas y venidas, prodigando los consejos á los ministros y á los diputados dinásticos. Estos

consejos no fueron estériles. Los señores de Morny y Vitet, en nombre del gabinete, y los señores Duvergier de Hauranne, Berger y Malleville, en nombre de la oposición, entraron en negociaciones, acordando una especie de programa que consistía en lo siguiente: A la hora convenida, Odilón Barrot y sus amigos irían al banquete; á la puerta, un comisario de policía les advertiría que reuniéndose violaban una disposición del prefecto tomada en ejecución de la ley; los diputados no harían caso de la advertencia; tan pronto como hubiesen tomado asiento, el comisario les intimaría la orden de disolverse, levantando acta de todo. Odilón Barrot, no sin declarar que únicamente cedía á la fuerza, aconsejaría entonces á sus amigos que se retirasen sin desorden. La autoridad judicial, llamada á entender en el asunto, se pronunciaría sobre la legitimidad del derecho de reunión, negado por el gobierno y afirmado por la oposición.

La transacción fué aceptada con satisfacción por el gabinete y con entusiasmo por el partido dinástico; los más moderados del partido republicano se sometieron á ella con lealtad. En esto, los organizadores de la reunión mostráronse sumamente cándidos. Pensar que las masas populares, aglomeradas en torno de un banquete, se retirarían tranquilamente á la intimación de un agente de policía, era contar con un acto de prudencia sin ejemplo en nuestros anales. Por otra parte, Odilón Barrot y sus amigos estipulaban en nombre de un partido cuya dirección les escapaba por momentos. Los más exaltados empezaban á criticar la blandura de los jefes. Se avenían mal con una demostración incompleta, con un inofensivo aparato; poco les importaba una solución judicial. Sus sentimientos encontraron un intérprete. La manifestación necesitaba un programa. Su redacción, abandonada á Armando Marrast, redactor en jefe del *Nacional*, escapó á toda intervención; y, con intención ó sin ella, Marrast dejó entrever las pretensiones de sus amigos más imprudentes en este *manifiesto reformista* que fué el punto de partida de la revolución.

Cierto es que en esta proclama no faltaban los llamamientos á la prudencia; pero cambiaba completamente la manifestación. Ya no se trataba de agrupar en un local previamente alquilado las notabilidades del partido reformista, sino de convocar á la multitud en la plaza pública. El banquete, objeto de la demostración, era apenas mentado en el manifiesto. La oposición daba cita al pueblo, organizaba un cortejo oficial, convocaba para este cortejo á la guardia nacional, distribuyéndola por números de legión.

El gobierno acordó impedir la manifestación proyectada. El convenio negociado por Vitet y Morny quedó roto. Una orden del prefecto de policía prohibió el banquete. El general Jacqueminot, comandante superior de los guardias nacionales del Sena, recordó en una orden del día á las legiones que no podían ser convocadas sino por sus jefes inmediatos. La ordenanza prohibiendo la formación de grupos en la vía pública se fijó en las esquinas de la capital. Los ministros, en fin, acordaron las disposiciones militares que habían de asegurar la tranquilidad del día siguiente.

Mientras el poder tomaba estas enérgicas medidas, los miembros de la oposición dinástica deploraban en secreto la imprudencia de sus aliados. En una reunión celebrada en casa de Odilón Barrot, los diputados reformistas, tras de larga discusión en que tomaron parte principal Thiers, Bethmont, Lamartine y Aragón, acordaron, por 80 votos contra 17, aplazar el banquete.

Para borrar el mal efecto de esta retirada, se decidió pedir á la Cámara, el día siguiente, 22 de febrero, la acusación del gabinete. Pero la paz pública parecía asegurada. Fueron suspendidas las órdenes que se habían dado de prender á veintidós republicanos de acción, y las tropas que habían de ocupar la ciudad recibieron la orden de no salir de sus cuarteles: medidas que fueron aprobadas por el rey (1).

(1) Guizot, *Memorias*, tomo VIII, pág. 574.